



Minanda

Roig

Fue entre el mudo silencio desdoblado  
De la vecina noche el manto obscuro,  
Entre esperanza y miedo vacilando  
Volver al balcon vió en pecho seguro  
La beldad misma, que antes tan acaso  
El alma libre le llevó de paso.

Era del gran Bastán la prenda bella,  
Que allí á esperar salia un tierno amante,  
Que ya á la luz de la primera estrella  
Prometió amor ponérselo delante:  
Y el miedo, el gusto, el sobresalto en ella  
Las mudanzas hacian del semblante,  
Que en mil cuidados puesta entre ola y ola,  
Miedo la enfria, y gusto la arrebola.

Desearon enlazar su honrado gusto  
En nudo santo, y en contrato honesto,  
Volviendo el ciego antojo estado justo,  
Y el apetito libre en regla puesto:  
Mas no saliendo todas siempre á gusto  
Las graves diferencias que hubo en esto,  
El vano pundonor de los tratantes,  
Nuevas lágrimas fue en los dos amantes;

Hasta que puestos va en romper por todo,  
Libres quieren gozar de su derecho,  
Que honra y amor son fuego, y tiene el godo  
En una y otra llama ardiendo el pecho:  
Y á concertar la traza, y dar el modo,  
Para esa noche está el concierto hecho,  
Y ella á esperar allí su caro amigo  
Salió, y acertó el moro á ser testigo.

Es la esperanza una tormenta hija  
Puesta entre los cuidados y el contento,  
Que cuando mas se acerca, mas profija  
Su dilacion le vende al pensamiento;  
Por cuyo fin la enamorada hija  
Del que á Sansueña rige, hurtando el viento  
Al cansado esperar; que en tales casos  
Suele donde no hay uno dar mil pasos,

Tomó una arpa, á cuya melodía  
Las ansias y el ardor de su deseo  
Admirados quedaron, como un día  
El feo Pluton á la del traico Orfeo:  
Que ni le era inferior en su armonía  
La bella dama, ni en sus males veo

Otro infierno mayor, si en curso iguales  
Fuera el suyo inmortal, ó ellos mortales.

Nunca en el alto Péloro cubierto  
De blancos huesos voz mas regalada  
Parténope entonó, cuando en su puerto  
Sonó del griego Ulises la jornada,  
Ni con mas riesgo el caminante incierto  
Del peligroso canto y voz se agrada,  
Que dió Florinda, cuando lengua y mano  
Puso en su arpa, y la escuchó el pagano.

De la Medusa Górgon la cabeza  
En insensible mármol convertia,  
Los ojos que miraban su fiereza,  
Aunque no al ciego que su voz oia:  
Mas de la dama el canto y la belleza  
Asi ambos los sentidos suspendia,  
Que oida y vista en agradable calma,  
Piedra volvía el cuerpo, y fuego el alma.

Tal quedó el moro al son del instrumento  
Y la celestial voz de la doncella,  
Cuando á su canto y su regalo atento  
Pasos oyó de recatada huella:  
Detuvo sosegado hasta el aliento  
Por ver el fin de la aventura bella,  
Y vió un armado jóven que llegaba  
De vista al parecer gallarda y brava.

Vióle que estuvo un rato desde afuera  
Por gozar de la música escuchando  
Quejas de la esperanza lisonjera,  
Que siempre va los gustos dilatando:  
Haciendo enternecer la voz entera  
Un dulce suspirar de cuando en cuando,  
Que el deleite aumentaba y la alegría,  
Si ya no en quien cantaba, en quien oia.

Hasta que al fin llegando donde pudo  
Con menos voz hablar, y mas recato,  
«¡Oh gloria, dijo, en quien amor desnudo  
La suya toda muestra en un retrato!  
¡Dulce voz, que mi llanto ha vuelto mudo!  
¡Sirena, á cuya música el ingrato  
Mal, que en mi pecho vive y daña tanto,  
La virtud ha encantado de tu canto!

¡Salve el cielo tal gracia y hermosura,  
Y esta próspera entrada me conceda  
Por el premio mayor de mi ventura,  
Que ya gozarla sin recelos pueda;  
Que si este alegre agüero no asegura  
Mi gloria de una vez, ya no me queda  
Basa en que estribe y ponga mi esperanza,  
Ni en tal tormenta soplo de bonanza!»

Dijo, y la voz del nadador de Abido  
Nunca en las rocas y peñascos huecos  
De la torre de Sexto entre el ruido  
De sus olas formó mas dulces ecos;  
Ni fue en mayor deleite recibido  
Sobre sus playas y arenales secos,  
Que un día abrieron puerta á su ventura,  
Y otro á sus huesos, fama, y sepultura;

Que el noble godo, y venturoso amante,  
Fue de su tierna dama acariciado,  
En dulce afecto de ánimo constante,  
Y corazon sin tasa enamorado:  
Al fin despues que en relacion bastante  
De sus cosas contaron el estado,  
La alegría de verle, y la impaciencia  
De las sospechas, y del mal de ausencia,

El bien, y el mal, las penas, los contentos,  
Los varios altibajos de su vida,



Minanda

Roig

Hasta de los soñados pensamientos,  
Si alguna tienen, la razon fingida;  
Dejando en dulces pláticas y cuentos  
De la noche gran parte consumida,  
Y á la siguiente remitido el modo  
De hacerse de una vez dueños de todo.

Son de acuerdo comun que aquella parte  
Donde ahora están tratando su ventura,  
Para escalar el foso y baluarte  
Escala traya el montañés segura:  
Y añadiendo el horror del ciego Marte  
Al negro manto de la noche obscura,

Una arma falsa toquen, que en Sansueña  
Del robo y del recato sea la seña.

Y en hábito de mora disfrazada,  
Como á nueva cautiva en la contienda,  
Ni del vulgo ofendida ni notada,  
Salva la ponga en su encubierta tienda;  
Donde de honor y riesgo asegurada,  
Es fácil que su padre condescienda  
Con las pedidas bodas, y razones,  
Que han estorbado vanas presuniones.

Con esto ya que se acercaba el día,  
Y el tierno despedirse á los amantes,  
Toda vuelta esperanza su alegría,  
En igual soledad se hallaron que antes;  
Y el moro oculto que escuchado habia  
El fin de los conciertos importantes,  
De zelos impaciente ardiendo en ira,  
Si en estos muere, en su calor respira.

Quiso fiero y zeloso hacer pedazos  
Al español caudillo, y bien pudiera  
Dejarle muerto en los traidores lazos,  
Antes que el golpe ni su alfanje viera,  
Sino le parecieran embarazos  
A otras mejores trazas en que espera,  
Al hacer su venganza mas cumplida,  
Dejarle sin honor, y con la vida.

Tiene por caso á sus designios llano,  
Conforme al encubierto trato hecho,  
Ganar al uno el juego por la mano,  
Y en el otro los gustos de su pecho:  
Y á la jornada en que ahora viene ufano  
Segura entrada en aquel paso estrecho,  
Y hacer á su victoria puerta llana  
Del cielo de su gloria la ventana.

Deste discurso reportado el moro,  
Por donde vino se volvió á su gente,  
Lozano en las sospechas que el tesoro  
Era aquel de su próspero ascendiente:  
Daba ya al frío polo en cercos de oro  
Casi entera su vuelta la serpiente,  
Y el perezoso carretero helado,  
Al sol tenia su yugo trastornado.

Cuando el enamorado sarracino,  
A vista del ejército cristiano  
Al suyo iba pasando, en el divino  
Bulto ocupado el discurrir liviano:  
Y el gallardo Serpilo, que el vecino  
Campo advierte en quietud y sueño vano,  
Y de las ya dormidas centinelas  
Los muertos fuegos, y acabadas velas;

Vuelto á su capitán: «mira, ó valiente  
Cardiloro, le dice, que olvidados  
Tus contrarios del brio de tu gente  
En sueño están, y en vino sepultados:  
¿No es posible, señor, que no te afrente  
Enemigos tener tan descuidados?  
Mas quien, estando tú en el campo, duerme,  
Bien es que á no sanar durmiendo enferme.

Si el justo cielo con silencio ayuda,  
Y á mi espada le da el valor que espero,  
Al sordo amparo desta noche muda,  
Darte mil enemigos menos quiero:  
Yo solo, yo, señor, por mal que acuda  
Mi espada, haré mi dicho verdadero,  
A tí, y mi amado Celedon, tu tienda,  
Siguiéndola os dará esta estrecha senda;

Que á mí no sé cual dios el pecho ardiente  
A tan heroica empresa me levanta,  
Y al muerto real desta dormida gente  
Ahora me arroja con violencia tanta:  
Tú, amado Celedon, si este potente  
Brazo es la muerte de mi empresa santa,  
Al muerto cuerpo ya en el campo frío,  
Serás en darle sepultura pio.»

Dijo, y saltando la primer barrera,

Desnudo al campo de temor se arroja;  
Pasmóse Celedon la vez primera,  
El sobresalto le atajó, y congoja:  
Del arriscado amigo considera  
El fiel desnudo que á morir le antoja,  
Impedido el seguirle, y obligado  
A no dejar del general el lado.

Mas viendo su peligro manifiesto,  
«Espera», dijo, y vuelto á Cardiloro,  
Con tiernos ojos, de rodillas puesto,  
«Oh gloria, prosiguió, del pueblo moro:  
Si algun día te tocó de amor honesto  
Tu noble pecho dulce flecha de oro,  
Si sabes qué es amar á un caro amigo,  
Oye, oh invicto señor, lo que te digo.

El que allí ahora en temeraria muerte  
Un campo asalta de enemigos lleno,  
Desta alma es la mitad, desta alma advierte  
Es por fe y amistad cielo sereno:  
Juntos nacimos, la dichosa suerte  
Juntos nos dió una patria, un pueblo, un seno,  
Un gusto, unos placeres, una vida,  
Que ahora teme amor verla partida.

Por la beldad que adoras (si de alguna  
Noticia el soberano amor te ha dado)  
Por tu alma, por tu honor, por tu fortuna,  
Por tu vecino reino, por tu estado,  
Por cuanto está debajo de la luna,  
O sobre ella te da gusto, ó cuidado,  
Permitas, que á los que hizo uno la suerte  
En vida, no los haga dos la muerte:

Mas que con tu licencia ahora pueda  
Escolta y micro hacer á un caro amigo,  
Que el breve espacio que á tu real nos queda  
Seguro está, y sin riesgo de enemigo.»  
No dijo mas, que el tiempo se lo veda,  
Y el moro de tan fiel lealtad testigo,  
El amor nota, y la braveza advierte  
Del tierno corazón, y el pecho fuerte.

Y «acude, ó alma gentil, dijo el severo  
Cardiloro, á tu gusto, acude, y anda,  
Y déos la alta victoria, que yo espero,  
El cielo que esos nobles pechos manda;  
Con tal que de los dos sea yo el tercero,  
Como lo fuera aquí en vuestra demanda,  
Si como es de mi oficio el concedella,  
Permitido me fuera entrar en ella.»

Así dijo, y siguiendo su camino  
Celedon á su amigo llega, y dice:  
«¿Por dicha, oh invicto Cid, ya por indino  
De tu lado me tienes? ¿ya desdice  
En mi pecho la fe de quien contino  
Tantos alardes en su abono hice?  
¿Así pagas mi amor? ¿así me obliga  
Tu gusto á que hasta el fin el mio te siga?

¿Y por ventura yendo en el abrigo  
De tu gallarda espada no sabria  
Sus golpes imitar, y un enemigo  
Darte siquiera menos con la mia?  
Y si esto no, á lo menos por testigo  
Presentarme podrá tu valentia,  
Aunque sea tal que no le importe nada  
Otro abono mayor que el de su espada.

Mas ya por demás tratas de escusarte,  
Ruede como quisiere la fortuna,  
Que como de tu lado no me aparte,  
De las tuyas no temo vuelta alguna.»  
«Oh de mi pecho fiel la mejor parte,  
Serpilo respondi, con quien ninguna  
Desgracia temo, ya que con tal lado  
Poco es acometer un campo armado.

No creas, oh noble aliento de mi pecho,  
Que quiebra de mi amor, ni de tu brio,  
Tu espada me quitaba, y mi provecho,  
De quien ya el todo de mi empresa fio:

Mas dejar solo un gran resguardo hecho  
En tu heroico valor al riesgo mio,  
Y si moria, morir con esperanza  
De pio entierro, y de cruel venganza.

A este fin te dejaba, ó caro amigo,  
Y por tu anciana y tierna madre ausente,  
De su larga vejez único abrigo,  
Y de tu nueva esposa gusto ardiente:  
Mas ya que tu valor viene conmigo,  
Y en mi alma el brio que me das se siente,  
No dilatemos mas el hecho altivo,  
Ni hombre nos quede de importancia vivo.

Ven tras mí, y con atenta vista advierte  
Por donde ahora el honor tras si nos guia,  
En esto está acertar ó errar la suerte,  
Ser descuidada ó cuidadosa espía:  
El sueño es viva imagen de la muerte,  
O ser muerte caliente, ó muerte fria,  
Dormir en nudo obscuro, y paz interna,  
O noche temporal, ó noche eterna.

Mira cuan cerca están nuestros contrarios  
De pasar un extremo en otro extremo,  
Y del cielo y sus altos lacunarios  
La nueva luz que sola adoro, y temo:  
¿De qué estamos perplejos? ¿de qué varios?  
Fuego es de honor en el que me ardo y quemó;  
A ellos, gran capitán, que es escusado  
Quererle suspender su curso al hado.»

Dijo, y sacando la luciente espada  
Por entre los nevados fuegos vuela,  
Y á Isarco, y Zaidiban, que en camarada  
Hecho habian hasta entonces centinela,  
En torno de su hoguera amortiguada,  
Ya con el vino, y la pasada vela,  
Confiados en tener campo seguro,  
Blanda cama les daba el suelo duro.

Allí entre el fuego y la ceniza fria  
Segó al uno y al otro la garganta,  
Dichosos, á velar hasta que el día  
Vestido vieran de su lumbre santa:  
Uno era cazador, y otro seguía  
De la caza de amor la red que espanta,  
Mas del feroz Serpilo el brazo airado  
A aquel quitó el afán, y á este el cuidado.

Mató tras esto en la segunda posta  
Cuatro dormidas centinelas juntas,  
Mató al vano Alfagér, al noble Acosta,  
Y á Enrique el fiel, de tres agudas puntas:  
Y por la raya de una senda angosta  
Al pabellón fue á dar, donde trasuntas,  
O sutil Targa, en bronce, lo que Apeles  
Con sus conchas no hará, ni sus pinceles.

Abriendo en sutil lámina de acero  
De Piramo y de Tisbe los amores,  
Aquel día le halló el sueño postrero,  
Y del cruel Serpilo los furros:  
Pasóle el corazón de un golpe fiero,  
Y saltando la sangre dió colores  
Al relieve infeliz, que en triste suerte  
Ocasión fue y agüero de su muerte.

Puesto cabe él en éxtasis profundo,  
No dormido, mas ciego en su cuidado,  
Al alquimista vió sutil Raimundo  
Sobre un antiguo escudo recostado,  
Midiendo del napelo, y del segundo  
Elixir la sustancia, el punto, el grado,  
Y de quintas esencias fabulosas  
Una imposible máquina de cosas.

Habia gastado en esperiencias vanas  
De su hacienda la flor, y de sus días,  
Y trocando el cabello negro en canas,  
Aun no se habian trocado sus porfias:  
Mas llegó el fatal golpe, y sus livianas  
Esperanzas volvió de ardientes frias,  
Librándole ocasión tan oportuna

De otros mayores golpes de fortuna.  
Y entrando por el campo soñoliento  
Horrible estrago hace el moro fuerte,  
Dando su espada y su furor violento  
Mil diferencias de una sola muerte:  
A este barrena el pecho, aquel á tiento  
Deguella, y pasa al fin la adversa suerte  
Del modo que halla al grande, y al pequeño,  
Del sueño temporal á eterno sueño.

Este en su corvo escudo recostado,  
El otro sobre el yelmo adormecido,  
Uno encima la blanda yerba echado,  
Y otro en las grevas de su arnés tendido;  
Cual con nuevo dolor desatinado  
La boca abre á dar voces, y embebido  
Por ella el hierro de la presta daga,  
La voz se vuelve atrás, y el morir traga.

Coello, un portugués de ánimo ardiente,  
Hidalgo tierno en sangre y en amores,  
Poeta, amante, músico y valiente,  
Cuatro heroicos y célebres furros;  
Con el retrato de su dama ausente,  
A quien habia cantado mil primores,  
Como el sueño le halló en su fantasía,  
Las manos en la citara, dormia.

Torcido el rostro hácia el retrato bello  
En señal de caricias á su dama,  
Dormido al gusto y al placer de vello  
En las corazas de su arnés por cama,  
Segó el alfanje el desmayado cuello,  
Estremeciéndose el cuerpo, el pecho brama,  
Y al palpar las manos con instancia  
En las cuerdas formaron consonancia.

Marcio, y Catino, grandes bebedores,  
Que parte de la noche han ocupado  
Con la taza y los dados, en vapores  
Del dulce mosto el sueño habian brindado:  
Los enjutos barriles por la flores,  
Cada uno sobre el suyo recostado,  
Dormian en torno de la mesa y fuego,  
A donde el vino los dejó, y el juego.

Debía de soñar Marcio que brindaba,  
Y abriendo la ancha boca bebió entero  
El sangriento cuchillo, que llegaba  
De degollar al torpe compañero:  
Triste el alma salió en ver que dejaba  
Posada tan alegre, cuando el fiero  
Golpe por quien la suya dió Catino,  
En vez de roja sangre vertia vino.

Mató tras este á Marco, y á Sarrento,  
Escuderos de Marcio, mató á Soria,  
Que entre sus dos caballos soñoliento  
Para ir no tuvo á su cuartel memoria:  
Pasó el cerebro á Furnio, que de viento  
Mil torres exhaló, y de vanagloria,  
Y al truhan Galba, que despierto, y quedo,  
Entre los frascos se escondió de miedo.

De allí entró donde el docto Algeo dormia  
A la luz de una vela, en que su pluma  
De un grave poema heroico que escribia  
De versos habia hecho una gran suma:  
Un rico arco grabado de ataxia  
A su lado, y un libro adonde suma  
Del trifurmo Gerion de ambas Españas  
El reino antiguo, y célebres hazañas.

El arco que allí tiene fue el que Alcides  
Al templo del Lucero dió en despojos,  
Donde colgado le halló Almonides,  
Cuando á vengar de un conde los enojos  
Pasó con Muza á España, cuyas lides  
Los rios volvieron y los campos rojos:  
El lo envió á Zelin, Zelin á Oncalla,  
Y él á su bello nieto el rubio Abdalla.

Cuando en sangrienta lid los albaneses  
A Abdalla despojaron sobre Duero,

El docto Argeo entre otros dos arneses  
El rico arco ganó al gigante fiero:  
Y en sus pomposos versos los reveses  
Del tiempo, arco invencible, aquel postrero  
Sueño le halló pintando, cuando el hilo  
Del canto y cuento le cortó Serpilo.

Puso en el arco los curiosos ojos,  
Y al sabio poeta, que admirando estaba  
Las musas con su espíritu, entre rojos  
Suspiros lanzar hizo el alma brava:  
Quiso de su victoria por despojos  
Llevarse el arco y la dorada aljaba,  
Y por matar á Egil, y al Turnio Mesa,  
Que á su lado halló, olvidó la empresa.

Cansado de herir, soberbio mira  
Las varias muertes, y el estrago hecho,  
Y no por eso se alza ni se tira,  
Ni atras da un paso del dudoso estrecho;  
Antes entre el sangriento horror suspira  
Hirviendo en ira el arrogante pecho,  
Y las armas ya botas, y él sin fuerza,  
A nuevos daños su crueldad le esfuerza.

Cual tigre hircana en el aprisco mudo,  
Harta de degollar grueso ganado,  
La tierra en roja sangre, y el membrudo  
Lomo de nuevas manchas salpicado,  
Garleando cesa un rato, y en menudo  
Anhelar cobra aliento el pecho airado,  
Y mientras del destrozo se retira,  
Cuanto el hambre menguó crece la ira.

Ni el bello Celedon, gallardo Marte,  
Menor estrago y mortandad hacia,  
Que del plebeyo pueblo una gran parte,  
Gente sin nombre y cuenta, muerto habia:  
Mató á Gilberto, que en decir con arte,  
Y herir de punta su primor tenia,  
A Terpandro cantor, y al fuerte Etolo,  
Marte en braveza, y en belleza Apolo.

Corren los rios de sangre, y por la tierra  
Las perlas arrebolan de la aurora,  
Y él en su oculta y alevosa guerra  
Con ella misma á mas herir se azora:  
Entra donde á medir Ulloa se encierra  
Del precioso hado el ascendiente y hora,  
Ulloa digo, un astrólogo ignorante,  
Que mas cielos halló que cargó Atlante.

Habia toda la noche astrologado  
Gustoso, que su estrella le asegura  
Tras prolija vejez sepulcro honrado,  
Mas mintió su astronómica figura;  
Que el bello Celedon con su dorado  
Puñal le dió temprana sepultura,  
Y abriéndole el celebro con dos puntas,  
Volaron dél dos mil estrellas juntas.

Mató á Hepódamo, á Tirsas, y á Falerno,  
Al rubio Telga, y á Lisardo el fuerte,  
Y al bello Demorato, jóven tierno,  
Esposo ayer de Alcida, hoy de la muerte;  
Y á tí, ó siempre infeliz viejo Salerno,  
Que antiguo pretensor sin hacer suerte,  
Cansado en córte de esperanzas nuevas,  
Los memoriales convertiste en grevas.

Llegó la muerte al fin, y sino entero  
El premio, dióte el pago de su mano,  
De haber dejado el hábito primero  
En que á Dios consagraste el pecho humano:  
Y viendo entre los rayos del acero  
El tierno rosicler del día cercano,  
«Ya, dice, ó gran Serpilo, hace el alba  
Al día, y á esta dormida gente salva».

Ya basta el venturoso estrago hecho,  
Y victorias que el cielo nos ha dado,  
La honra toda es tuya, sea el provecho  
Mio en que no violentes mas el hado:  
Este luciente yelmo, que del lecho

Quitó á un muerto enemigo, he reservado,  
Para que sus pomposas plumas sean  
Alas en que volar tus glorias vean.

Solo este para tí codicié en cuanto  
Oro y plata encontré del enemigo:  
Toma, ó Serpilo, y vamos, que ya el manto  
Estrellado, que ha sido fiel testigo  
De tu braveza, entre el nocturno espanto  
Sus broches de oro esconde, toma, amigo,  
Y por este encubierto valle huyamos,  
Antes que lo hecho con la luz perdamos.»

Dijo, y Serpilo, «ó gloria, le responde,  
De tus mayores, y honra de la mia,  
Yo tambien otro don codicié, donde  
Uno entre libros sin temor dormia:  
Un arco bello, cuya aljaba esconde  
Cien flechas entre nacar y atauxia,  
Que luego que le ví, el robusto oficio  
De tu caza le dí por ejercicio».

Y con el gusto de quitar la vida  
A otros que estaban en la misma tienda,  
El alma en tantas muertes repartida  
De traerte se olvidó la rica prenda:  
Mas tuya es, y ha de ser, aquí escondida  
Tu persona se esté, y aquí me atiende,  
Que junto aquel hogar que allí blanquea  
La prenda está que darte amor desea.»

Dijo, y sin ser á detenerlo parte  
Los ruegos del amigo, que adivina  
Sus malogrados fines, dél se parte,  
Y por el infeliz arco camina:  
O fuese nuevo ardor del duro Marte,  
O Apolo que vengar la alma divina  
De su poeta quisiese, ó que ya el hado  
Al fin habia de su virtud llegado;

El breve tiempo que duró esperalle  
En el puesto, sobre él dió de repente  
Argildos, que á correr salia el valle  
Con una escuadra de lucida gente:  
Dióle al amor la noche, y quiso dalle  
A Marte el alba, y en ginete ardiente  
Recorriendo las postas de las velas  
Venia por las nocturnas centinelas.

Vieron á Celedon, que al corto abrigo  
De una encina trataba de esconderse,  
Donde esperando á su imprudente amigo  
Amor pudo obligarle á detenerse:  
Cércale el español bando enemigo,  
De quien él por huir y defenderse  
Gallardos golpes con su alfanje hace,  
Su vida ampara, y su honra satisface.

Trebonio fue el primero que atrevido  
Llegó pidiendo el nombre, el pueblo y gente  
Del victorioso moro, y aturdido  
A sus piés le arrojó un golpe valiente:  
Mas ¿qué te vale, oh misero, el cumplido  
Brazo y esfuerzo de tu pecho ardiente,  
Si al tegido escuadron que se abalanza,  
Ni el firme escudo ni el alfanje alcanza?

Ya el gallardo mancebo en sangre tinto  
Con las varias heridas teñia el suelo,  
Cuando el vano Serpilo en el distinto  
Rumor las señas vió de su recelo;  
Que victorioso entachonado cinto  
La rica aljaba de arrogante vuelo  
Le bajaba á los hombros, y en la mano  
El arco duro hacia gemir ufano:

Suspendió el paso y el medroso pecho,  
No de su riesgo, mas del caro amigo,  
Atenta y triste centinela hecho,  
Puesto al tronco de un árbol por abrigo:  
Conoce á Celedon, y el sin provecho  
Brio de sola su bondad testigo  
Con que en confusa brega se revuelve,  
Y diez por cada golpe juntos vuelve.

Y él con las nuevas flechas que traia,  
Encorvando sobre una el arco duro,  
Al confuso escuadron diestro la envia  
Desde el hueco troncon del roble obscuro:  
Acertó á Breño, y el reciente dia  
Que iba naciendo por el aire puro  
De los ojos le esconde, y en las sienas  
Clavada le hace dar ciegos vaivenes.

Vuélvense todos á la oculta parte  
Que la homicida flecha trajo el vuelo,  
Buscando á tiento el encubierto Marte,  
Cuando otra por el mismo paralelo  
De la tirante y firme cuerda parte,  
Y al medroso Blodon, que con recelo  
Gritaba, «¿quién tiró?» la punta aguda  
Su voz clavó, y dejó su lengua muda.

Argildos que de afuera entreteñido  
En ver pelear el fuerte moro estaba,  
De su gallardo aliento conmovido  
Guarecerle la vida deseaba:  
Mas por los nuevos tiros ofendido,  
El alma vuelta de piadosa en brava,  
«Matadle, dice, y vénguese en su pecho  
El grave daño por su causa hecho».

Y un frío veablo que en la mano tiene  
Con tal destreza al firme pecho arroja,  
Que ni el grabado escudo le detiene,  
Ni de su peto la acerada hoja:  
Cual destronado toro á tierra viene  
Con la parda asta ya en su sangre roja,  
Su amigo que caído le vió en tierra,  
Furioso salta á descubierta guerra.

«Yo, yo, dice, yo soy quien hizo el daño,  
Teneos, que nada os debe ese inocente,  
Yo el autor fui del riesgo y mal tamaño,  
Y del sangriento estrago en vuestra gente,  
Yo la ocasion tracé, yo urdí el engaño,  
Yo soy quien os hacia la guerra ausente,  
El nada os debe, el cielo me es testigo,  
Sino es el ser de un desdichado amigo.»

Dijo, y lanzando el arco por el suelo  
Furioso su sangriento alfanje saca,  
Y con desesperado brio el celo  
Venga de su amistad, y su ira aplaca;  
Y á Salmido y Parolo, que á su vuelo  
Delante halló por resistencia flaca,  
Uno en el muslo herido, otro en el brazo,  
Libre el paso le dieron de embarazo.

Y á ser de su mortal rigor testigo  
A pesar de mil puntas llega y mira  
El peligroso golpe, el enemigo  
Dardo, y del firme heróico brazo la ira:  
Y viendo así morir su caro amigo  
De rabia brama, y de dolor suspira,  
Y el desangrado moro en habla breve  
A que se salve así le alienta y mueve:

«Huye, amigo, de aquí, huye ligero,  
Mientras muriendo yo salvo tu vida,  
Dame este dulce bien por el postrero,  
Y no hallaré la muerte desabrida:  
Y cuando haya ocasion, ó por dinero,  
O por sangre en mejor sazón vertida,  
A mi afligida madre el cuerpo lleva,  
Y á ser su nuevo amor el mio te mueva.»

Dijo, mas ni el dolor, ni los contrarios  
Lugar le dan de responder al moro,  
Que de heridas y golpes temerarios  
Sobre él descarga un martillar sonoro:  
Parece al recibir los tiros varios  
En coso estrecho jarretado toro,  
Y en el herir y acometer gallardo  
En escombrada plaza suelto pardo.

A este hiere, á aquel da, y al otro acierta  
En revuelto y confuso torbellino,  
Mató á Cerdan, hirió de un golpe á Berta,

Luchador diestro aquel, y este adivino:  
Y ya el amigo y la esperanza muerta,  
Aunque su real pudiera abrir camino,  
Y salvarse, no quiso, mas el lado  
Muerto guardar, que vivo habia guardado.

Hasta que á golpes y dolor deshecho  
El noble corazon del moro fuerte,  
Pasado de un cruel venablo el pecho  
Mas fiel que amor tocó, ni hirió la muerte,  
Ya sin aliento ni armas de provecho,  
Cerrando el curso de la humana suerte,  
Y haciendo al mundo de su fe testigo,  
Sin vida dió á los piés del muerto amigo.

¡Oh heróico ejemplo de amistad divina,  
Aunque en bárbaros pechos descubierta,  
Si de mis nuevos versos la adivina  
Virtud del todo en mí no ha sido incierta,  
Jamás el tiempo que inmortal camina  
Del ciego olvido te verá cubierta,  
Antes de siglos y años vencedora  
Tu fama irá, como tu sangre ahora!

En tanto el nuevo amante Cardiloro  
Impaciente en sus gustos y alterado,  
Del ya vecino sol los rayos de oro  
Presentes mira, y aborrece airado;  
Que de tinieblas hecho su tesoro,  
Cuanto con la luz ve le causa enfado,  
Y entre esperanzas un deseo fuerte  
Es lucha de la vida con la muerte.

Llegóse al fin el tiempo, y prevenido,  
Como prudente y recatado amante,  
De suficiente escala, y de escondido  
Recato, y armas, y ánimo bastante;  
Con un cristiano paje el mas querido,  
De fe mas sana, y pecho mas constante,  
Dos breves horas antes del concierto  
De la noche infeliz salió encubierto.

Comenzó el campo moro el nuevo asalto  
Con que él hiciese el robo mas seguro,  
Que el torpe miedo y ciego sobresalto  
La vista turban mas que el aire oscuro:  
Comenzóse la grita, él puesta en alto  
La escala, abierto de Sansueña el muro,  
Vió la ventana donde amor le envia,  
Puerta á su gloria, y sol antes del dia.

La bella amante súbito engañada  
Con las dulces memorias de su esposo,  
Del son de Marte y del amor turbada,  
Del pajecillo, y de su hablar medroso,  
La alta escala bajó, y fue disfrazada,  
Haciendo el traje moro mas airoso,  
Si las tinieblas consintieran vello,  
Del gallardo ademan el bulto bello.

Con solo un cofrecillo en que traia  
Lo mas precioso de sus joyas puesto;  
Y viendo que el rumor de armas crecia,  
Con paso apresurado y descompuesto,  
Dando á entender el moro que huia  
No el miedo de la gente, sino el puesto,  
Comenzó á desviarse por el llano  
Del muro hácia el ejército cristiano.

Viene todo en las armas encubierto  
Para no ser de nadie conocido,  
Y el paje astuto con sagaz concierto  
A cualquier lance impuesto y prevenido:  
Y poco á poco por el campo abierto,  
En son de huir la gente y el ruido,  
Llevar queria la dama á una espesura,  
Donde estuviese del tropel segura.

Cuando el moro infeliz que iba delante,  
Haciendo franco el paso con la espada,  
Ciego dió en una escuadra, á la importante  
Defensa de aquel paso disputada:  
Y sin volver el nombre el vano amante,  
De veinte su persona rodeada,

Por mil partes le hieren, y por una  
A la muerte abrió puerta su fortuna.  
Entre el izquierdo brazo, y la loriga,  
Una encubierta punta desmandada  
Tan dulcemente entró, que sin fatiga  
Del cuerpo cortó al alma la lazada:  
Cayó el moro, y tras él la dulce amiga  
Del capitán cristiano desmayada,  
Con el engaño de tener por cierto  
Que no era el moro, mas su esposo el muerto.  
Fue á tiempo el darle muerte á Cardiloro  
Que el montañés llegaba alborotado,  
Por ver del repentino asalto moro  
El que él iba á hacer anticipado:  
Y oyendo de las armas el sonoro  
Ruido ir en aumento recatado,  
Con una oculta escuadra de Guzmanes  
Venía á requerir sus capitanes.  
Venía también á hacer secreta guarda  
Al balcón de oro, de su gloria puerta,  
Cuando muerto vió al moro, y la gallarda  
Dama á su lado desmayada, y muerta:  
No conoció su luz, ni á verla aguarda  
De la amorosa suspensión despierta,  
Mas en su amor el alma divertida,  
La que buscando va de la pérdida.  
Creó que fuese alguna dama mora  
Del que á desgracia han muerto en la contienda,  
Y ella, y el paje que cabe ella llora,  
Presos manda llevarlos á su tienda:  
Y tras el bien que deja, y que adora,  
Con su escuadra tomó una estrecha senda  
Que á la torre va á dar, donde su gente  
Ya culpándole está de negligente.  
Va buscando la gloria que ya tuvo  
Caida ante sus pies sin conocella,  
Cuando la culpa de perderla estuvo  
En no llegarse como pudo á vella:  
Mas ¿quien lo advierte todo, ó en quien hubo  
Tan sabia prevención, que pueda en ella  
Medir las ocasiones, y en ninguna  
Perder lance á las vueltas de fortuna?  
No hay descuido ex amor que no se pague,  
O sea el cobrar remiso, ó sea contado,  
Ni estado tan feliz que no lo estrague  
El desmán de un suceso no pensado;  
Que si da la fortuna antes que amague.  
¿Qué escudo bastará á su golpe airado?  
Fue á dar con el balcón el godo tierno,  
Y en vez de alegre gloria halló el infierno.  
Vió escalado su muro, y puesto fuego  
Ya por allí el balcón resplandeciente,  
Y que en tropel confuso y furor ciego  
Por él entraba la morisca gente:  
Y un soberbio jayán de nación griego,  
Señor de Negroponto, puesto en frente,  
Que da favor y fuego á los de arriba,  
Y á voces el combate y cerco aviva.  
Reverberan las llamas en las hojas  
Del arnés limpio de bruñido acero,  
Y el aire obscuro con vislumbres rojas  
Al jayán vuelve mas horrible y fiero:  
Crece el rumor, el fuego, y las congojas  
En el dorado alcázar, y él entero  
Con su furor el gran tesoro sustenta,  
Y á todos golpes da, y armas presenta;  
Cual tal vez cabe un risco cavernoso  
De negra escama pálido serpiente,  
Que en renovadas conchas poderoso  
Muestra la cresta azul resplandeciente,  
Y si del fuego que hizo el perezoso  
Gañan junto á su cueva el calor siente,  
Saltando á él sin que temor le ocupe;  
Tres leguas silba, y la ponzoña escupe?  
Quedó el amante de la dama bella,

Que en salvo puesta sin pensar tenía,  
Viendo la escala; y que el jayán sobre ella  
La torre con su gente entrado había,  
Suspensa el alma, alborotada en vella,  
Y en vario discurrir la fantasía,  
Dándole vuelta á su pesar la suerte  
En tormento el placer, la vida en muerte.  
Así tal vez villano entretenido  
En acechar de una perdiz medrosa  
Para hallarla de noche el caro nido.  
Si al estender la mano codiciosa  
Al escorpión tocó que la ha comido,  
Atrás rehuye, y con la temerosa  
Luz de sus vivos ojos ve el engaño  
Del riesgo suyo, y del ajeno daño:  
Tal de Velasco la nobleza antigua  
Suspensa se quedó viendo el gigante,  
Como nocturna y lóbrega estantigua  
Entre el humo y el fuego resonante,  
Y del confuso vulgo y gente ambigua  
El tropel ciego y el furor bastante  
A tomar la ciudad, mas en un punto  
El miedo y suspensión se acabó junto.  
Y como el que en los brazos de Morfeo  
Se sueña de un león fiero asaltado,  
Que despierto en el bosque Dodoneo  
Le ve sobre algun risco encaramado:  
Hallando ser verdad el devaneo  
Del sueño sale á él alborotado,  
Trocada en riesgo la apacible caza,  
Y con la fiera y su furor se abraza;  
De tal manera Argildos viendo el paso  
A que sus cosas trajo la ventura,  
Furioso hácia el gigante Radagaso  
Sale amparado de la noche obscura:  
Y antes que el feroz moro sienta el caso,  
Un revés le alcanzó por la cintura  
Que le hizo dar de manos, y le hiciera  
Dos, si el filo al cortar no se torciera.  
Saltó el gigante cual dragón herido  
Del duro céspedes que arrojó el villano,  
Y al tierno amante en fuego convertido  
Del mismo en que arde el torreón cristiano  
La respuesta volvió con tal ruido,  
Que acertando en el yelmo sonó el llano,  
Como si por socorro en ver que se arda  
La torre disparara una lombarda.  
El español que dos deidades juntas  
Hora y amor le hierven en el pecho,  
Una tras otra hiere de dos puntas  
Al que su gloria puso en tal estrecho:  
Que del fornido acero por las juntas,  
Lago de roja sangre dieron hecho  
El antes verde prado, cuyas flores  
Muertes respiran, y solían amores.  
Al recibir el moro la una herida,  
Otra al bravo leonés le dió en un brazo,  
Que aunque sin daño y riesgo de la vida,  
De acero y carne le llevó un pedazo:  
Y dando y recibiendo una avenida  
Y tempestad de golpes, hizo el plazo  
De su vida mas breve un altibajo,  
Que un brazo al rey de Ponto le echó abajo.  
Mas como si la fuerza se pasara  
Del destroncado brazo al brazo vivo,  
Así con nueva fuerza da y repara  
Golpes á su contrario el griego altivo:  
En esto el fuego con su rubia cara,  
Para hacer el combate mas esquivo,  
Apoderado del dorado techo,  
Con su costoso daño hacia provecho.  
Y la española escuadra que venía  
Por guarda del hermano de Tibalte,  
Y en ciega tropa arremetido había,  
Cubriendo el campo de sangriento esmalte,

Mezclada entre los bárbaros subía  
Por la alta escala, haciendo que no falte  
Quien con la sangre mora no pequeña  
Parte apague del fuego de Sansueña.  
Del son confuso el resonar valiente,  
Y de la llama el rechinar sonoro;  
Asombró el pueblo, que tenía su gente  
Segura por allí de el campo moro:  
Caen almenas, y vuela en brasa ardiente  
La ancha techumbre de artesones de oro,  
Y de gruesas columnas jaspes varios  
Tristes sepulcros dan á sus contrarios.  
Hizo el fuego las señas con sus llamas,  
Y acudió á aquella parte el furor todo,  
Los unos á perder vidas y famas,  
Y otros á hallarlas por el mismo modo:  
Al fin del ciego bosque entre las ramas  
Del asturiano campo y pueblo moro  
Lo mejor se juntó, y duró el rebato  
De la confusa noche el mayor rato.  
Murieron muchos de una y otra parte  
En la confusa bárbara refriega,  
A unos dando el rendido baluarte  
Muerte común y sepultura ciega,  
A otros la espada del sangriento Marte  
Los vendimia en agraz, y en flor los siega  
Por varios trances, que el morir es cosa  
De todas la mas cierta, y mas dudosa.

## ALEGORIA.

La hermosa reseña del campo de España significa la que el entendimiento hace de las virtudes para conseguir el fin de la felicidad política.  
En el suceso de Serpilo y Celedon se descubre la hermosura y fuerza de la verdadera amistad: en el estrago que hacen en el campo dormido, la poca seguridad de la vida humana, y como no hay campo seguro para la muerte: y en la de Cardiloro, y sus vanas pretensiones, cuan inciertos y mal entendidos salen siempre los oráculos y pronósticos humanos en las cosas por venir.

## LIBRO NONO.

ARGUMENTO. Argildos, creyendo que Florinda es muerta, ó robada, se quiere matar de pena, y ella sospechando ser su esposo el muerto toma veneno para matarse, y sucede en ambos un notable desengaño. Bernardo siguiendo una cierva encuentra á Angélica en las uñas de un dragón, siguela por las oscuridades de una cueva, y hállase enredado en un extraño encantamiento, donde Proteo le descubre quien son sus padres. Arleta pide á Galiana Justicia contra Ferraguto, y él hace batalla con Rangorio, á quien mata, y quita el escudo, y por las armas del es tenido por francés, y acometido de la gente que de Toledo venia en favor de Galiana, de quien queda preso por culpa de su caballo: oye en un bosque ruido de armas, y por ver qué sea, se pierde con la oscuridad de la noche de los que iban con él.

Argildos ya, despues que á Radagaso  
Con gallardo esgrimir quitó la vida,  
Y á Arganda, un moro capitán, de paso  
Cabeza y pecho abrió de una herida;  
En compañía del prudente Erasmo,  
Que una escuadra á sus pies tenía rendida  
De alarbes berberiscos, que en España  
La gente fué de mas coraje y saña:  
Ganando el paso de la escala y muro  
A costa de su sangre, y de la ajena,  
El amante subió libre y seguro  
A ver su gloria, y á hallar su pena:  
Que entre el negro carbon del humo oscuro  
A vueltas de otros tristes llantos suena  
Que Florinda murió, ó es cosa cierta  
Que está cautiva y presa, sino es muerta.

Creése que consumida de la llama  
Entre carbones de oro es ya ceniza,  
Y que de su valor sola la fama  
Viva ha dejado la sangrienta riza;  
Porque el oculto cuarto de la dama  
Puerta fue del asalto, y la postiza  
Escala su balcon, y el mauro fiero  
En ella ejecutó el furor primero.  
Llegó la fama ya verificada  
Con bastantes indicios al amante,  
Que de dolor el alma traspasada  
Quedó á una muerta estatua semejante.  
Como el preso sin culpa, que ya dada  
En su causa sentencia ve delante  
El verdugo que á darle muerte viene,  
Cuando por libre en su opinion se tiene.  
Tal quedó Argildos, que un morisco pudo  
De un golpe echarlo desde el muro al suelo,  
Que ni para la espada ni el escudo  
Fuerza dejó ni brio el mortal yelo:  
Dado de pena en la garganta un nudo,  
Caido el corazon, y el desconsuelo  
Mayor que tal desgracia se atribuya,  
O á poco amor, ó á negligencia suya.  
Quiso darse la muerte con su espada,  
O dejarse matar de un enemigo,  
Sino fuera en su honor, ó en su pasada  
Culpa un breve morir corto castigo:  
Mas esto, y la esperanza amortiguada,  
Aun no muerta del todo, abrió un postigo,  
Por donde entró una furia de tal modo,  
Que pensó hundirlo en su venganza todo.  
Tocaba á recoger el campo moro,  
Viendo engrosado mas que convenia  
El asalto que el mozo Cardiloro  
Sin justa causa comenzado habia:  
Cuando el valiente Argildos el sonoro  
Rumor de los clarines revolvía  
A hacer cruel venganza y escarmiento  
De la triste ocasion de su tormento.  
Y aunque cubierto del nocturno luto,  
Y de tinieblas lóbregas revuelto,  
Al rayo de su espada el campo bruto  
En un confuso infierno quedó vuelto:  
Cogiendo en negra sangre horrible fruto  
Del rabioso dolor en que va envuelto,  
Dando golpes á ciegas, que de dia  
Tendrá bien que contar la pluma mia.  
En tanto la alligida hermosa dama,  
Ya persuadida que es su esposo el muerto,  
Con los perdidos lustres de su fama  
En el trazado fin de su concierto.  
El pecho ardiendo en amorosa llama  
Su amor llora perdido, y descubierto,  
Sin sombra ni apariencia de disculpa,  
Que encubrir pueda ó disculpar su culpa.  
Al ciego amparo de un rincón obscuro  
De la tienda, que fuera cielo claro  
A saber cuya era, y cuan seguro  
Allí tenían sus males el reparo,  
Con llanto amargo, que un peñasco duro  
Tierno hiciera en su triste desamparo,  
Así de sus dos manos hecho un nudo  
Quejas al cielo da en lenguaje mudo.  
«Oh cielo que ya tienes el tesoro  
Cuya memoria un pecho enriquecía,  
Y á mí en triste ocasion de eterno lloro  
Para nunca haber fin la pena mia!  
Si del sol que perdí, y perdido adoro,  
Ya en tu horizonte amaneció su dia,  
Y mi alma, que es sin él noche profunda,  
Jamás espera ver su luz segunda.  
¿Por qué en este desvan lóbrego y triste,  
Para solo llorar desgracias hecho,  
Quedar pensando el cuerpo permitiste,